

Mucho ruido y pocas nueces

Emilio Rabasa Gamboa

El tono de la voz se elevó y dibujó un gesto adusto cuando afirmó: “Los ciudadanos no están satisfechos con la representación política y perciben una enorme brecha entre sus necesidades y la actuación de sus gobernantes, representantes y políticos”. El 2 de septiembre en Palacio Nacional, el presidente Calderón autocrítica su gobierno, para luego señalar contundente la necesidad de: “Pasar de la lógica de los cambios posibles, limitados siempre por los cálculos políticos de los actores, a la lógica de los cambios de fondo”.

Pensé que la redacción de esas palabras había estado precedida por aquella frase que unos atribuyen a Guillermo Prieto y otros a Lerdo de Tejada cuando le dijeron al presidente Juárez: “Ahora o nunca, señor Presidente”. Ingenuamente creí que días después de la enumeración del decálogo de objetivos, vendría el anuncio de transformaciones verdaderamente significativas acordes con el tamaño del cambio anunciado en el discurso. No fue así.

Tres relevos en el gabinete con más pena que gloria y un paquete fiscal cuyo objetivo es equilibrar las finanzas para subsanar el boquete de 374 mil millones de pesos, pero no necesariamente

retomar el crecimiento, son hasta ahora “los cambios de fondo”.

La propuesta fiscal de Carstens no puede ser más ortodoxa: disminuir el gasto y aumentar el ingreso vía más impuestos. Suprime burocracia, pero deja intacta a la Secretaría de Economía con un titular tan inepto como consentido. Aumenta impuestos en forma generalizada y paramétrica (Luis Videgaray), pero deja intocada la estructura impositiva y de recaudación limitada.

Con ese paquete busca incrementar en 20% el Seguro Popular y en 50% el programa Oportunidades para combatir la pobreza. Más asistencialismo pero no una estrategia efectivamente redistributiva del ingreso. Los “cambios de fondo” no llegan a políticas inno-

vadoras para combatir la pobreza, como sería diseñar y promover un desarrollo de la pequeña industria agropecuaria, artesanal y de servicios locales.

El Seguro Popular nunca logrará la cobertura universal de salud que se propuso en el punto 2 del decálogo, porque no tiene la infraestructura médica para lograrlo. Si en verdad se quieren médicos, y servicios para todas las familias mexicanas sin distinción, menester es reestructurar, lo que se llama “a fondo”, al sector salud, por lo menos en tres grandes líneas:

1) Dejar a la Secretaría de Salud (Ssa) la función normativa exclusiva de todos los servicios en hospitales, clínicas, guarderías y laboratorios (con supervisión permanente y autoridad disciplinaria, lo que evitaría otro ABC de Sonora).

2) Las unidades médicas que malopera la Ssa transferirlas al IMSS y al ISSSTE, reservándose la estrategia epidemiológica. El IMSS y el ISSSTE serían los brazos operativos de todos los servicios. Por su amplia experiencia (IMSS-Coplamar en zonas marginadas) y enorme capacidad institucional, el IMSS administraría el Seguro Popular, cuya infraestructura serían los hospitales y clínicas federales que le transfiera la Ssa.

3) Consolidar y usar inteligentemente el potente poder de compra de todo el sector salud para abaratar los precios de sus insumos e incentivar el empleo. Acabar con gasto administrativo innecesario y esas economías canalizarlas a la ampliación de los servicios. Menos gasto burocrático y más cobertura es lo que se necesita para lograr cobertura universal.

Cirugías equivalentes se esperarían para los otros objetivos del decálogo. Si no hay (y personalmente pienso con el Presidente que en efecto no la hay) otra opción que la de “los cambios de fondo”, entonces “ahora o nunca, señor Presidente”; de lo contrario, como dijo Shakespeare, “Much ado about nothing”, esto es, mucho ruido y pocas nueces.

Profesor Investigador del Tec de Monterrey, CCM

